

En el sendero, junto a un bohío,
dos aldeanas hallé al pasar,
una penosa, miraba al río,
la otra bordaba con triste afán.

Aquella, al verme, se alejó esquiva,
ésta, al contrario, con dulce faz,
corta en palabras pero expresiva
me acogió afable con su mirar.

—¿Sois dos hermanas?... La dije incierto.
—Sí, dos hermanas somos no más.
—¿Y vuestro padre?—Mi padre ha muerto
mi madre anciana y enferma está.

Siguió un silencio de causar frío,
miré a la niña, la ví llorar...
su hermana inmóvil miraba al río
y ya venía la obscuridad.

*

Era la solemne hora
de los recuerdos... Muy lejos
del vivo sol los reflejos
morían en confusión,
y la estrella brilladora
del crepúsculo en la altura
con su luz brillante y pura
convidaba a la oración.

¡Bello es el río! El paisaje
muestra el lujo de grandeza
con que la naturaleza
colma el suelo tropical:
selvas de inmenso follaje,
todo virgen y risueño,
edén forjado en un sueño
de fantasía oriental.

Cual centinelas inmóviles
que abren paso a su monarca,

en cuanto la vista abarca,
se ven sus filas tender:
gruesas ceibas, altos robles,
mangles y cedros pomposos,
que contemplan silenciosos
el Magdalena correr...

Las luces de los cocuyos,
que de la orilla se alejan,
entre las selvas semejan
luces de oculta ciudad
y con primores tan suyos
que imposible imitar fuera,
se ve una y otra ribera
competir en majestad.

Como un Tritón prepotente
navega el vapor silbando
y sus chispas pregonando
grandioso futuro van.
Ruge al chocar la corriente
del agua contra la quilla,
y al fondo desde la orilla
se echa el pesado caimán.

Sentado en rústico tronco
junto a la pobre cabaña
quedéme absorto en extraña,
profunda contemplación.
Del río el murmullo ronco
y el vago sonar del viento
hablaban con triste acento
de algo raro al corazón.

Pensaba... mas, de repente
la joven de la ribera
como si nadie la oyera,
entonó con blanda voz,
esta canción tan doliente
y de tal melancolía,
que el lamento parecía
de la angustia más atroz.

¡Qué grande que viene el río!
¡Qué grande se va á la mar!
Si lo aumenta el llanto mío,
como grande no ha de estar.
¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

¡Qué negra la noche ingrata
viene mi pena á aumentar!...
Si ella mi dolor retrata,
¡como negra no ha de estar!...
¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

¡Qué triste susurra el viento
parece ausencias llorar!
Si el repite mi lamento,
¡como negro no ha de estar!
¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

¡Qué sordo que el río suena!
¡No quiere á nadie escuchar!
Cuando no escucha mi pena
¡como sordo no ha de estar!...
¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

*

Entretanto sin hablar
con su hermana á corto trecho
la miramos inclinar
la cabeza sobre el pecho
y silenciosa llorar.

Vuestra historia será triste—
dije al fin á la aldeana.

—La mía no, que no existe,
la triste es la de mi hermana
que su aflicción no resiste.

¡Cuéntamela! Soy viajero,
y aunque pronto partiré
esa historia saber quiero.
—Dejadme llorar primero
y luego os la contaré.

Miró á su hermana un momento,
las lágrimas enjugó
y con simpático acento
ocultando su tormento
su relato principió:

«Tras penosos desengaños
sin fortuna y sin hogar
en estos bosques extraños
con mi madre hace veinte años
mi padre vino á habitar.
Cuanto este cercado encierra
con su trabajo adquirió;
mas, sonó el grito de guerra
y atravesando la sierra
fué á la guerra... ¡y no volvió.

Crecimos en la orfandad
mas, mi hermana, aunque lloraba,
creyó en la felicidad.
¡Pues era amada y amaba
con toda sinceridad!...
El dueño de su alma pura
era un joven pescador
de varonil apostura,
un tigre por su bravura
y una paloma en su amor.
El río era su elemento
y en su bolsa su chapán
siempre encontró salvamento
cada viajero en tormento
ó apurado capitán.
Jamás le encontró cobarde

la muerte, conque luchaba;
noble, bueno, sin alarde
á esta caleta arribaba
con más amor cada tarde.

En la noche, entusiasmado,
nos relataba la historia
de sus días de soldado.
¡Pero su sueño de gloria
era amar y ser amado!

La víspera de aquel día
fijado para alcanzar
su ambicionada alegría
uniendo á la hermana mía
su existencia ante el altar.
El grito horrendo y agudo
de un náufrago se escuchó;
hervir su sangre sintió,
vencer su instinto no pudo
y en el río se lanzó!

Entre las aguas nadando
lo miramos como un pez...
Iba al náufrago alcanzando
y... aunque seguimos mirando
no lo vimos otra vez.

Sólo dos bultos unidos
la corriente nos mostró...
escuchamos los gemidos...
Ella perdió los sentidos
y enajenada quedó...

Lento su mal la devora
y, loca, mirando al río
canta á veces, otras llora
y sigue su desvarío
día á día, hora tras hora.

Sintiéndose conmovida
su relato interrumpió;
la ví llorar áfligida...
mas de pronto decidida
la niña así continuó:

«Que hacer si Dios lo ha mandado.»
—Confía en El, respondí.
Dejé mi óbolo olvidado
miré su rostro y lo ví
risueño... Pero empapado.

Y al ver tal conformidad
mezclada con tanto duelo,
dije á ese ángel de bondad:

—¿Cómo te llamas?

—Consuelo.

—¿Y tu hermana?

—Soledad.

*

Tomé la barca y en la noche oscura
ví en la playa una luz cuyo fulgor
me señalaba el sitio sin ventura
de una historia tan llena de dolor.

Muellemente la nave se mecía
cual blanda nave con balance igual
y arrullar, cariñosa, parecía,
de las almas el último ideal.

Aquellas vagas esperanzas bellas,
esas amigas de anhelado bien
que en las nubes, el agua y las estrellas
muchos viajeros pensativos ven.

Las nocturnas luciérnagas brillaban
y en la selva el enjambre bullidor
de cigarras y grillos no cesaba
de herir el aire, con tenaz rumor.

Quedó mi mente en el delirio envuelta
y el alba á la verdad me despertó
cuando, como un alción, libre y resuelta
su destino la nave prosiguió...

En medio del ramaje, la cabaña
medio escondida, diseñarse ví...
Cambió de curso el río... la montaña
se interpuso á mi vista y la perdí!...

*

De aquel barco en la ciudad
al capitán torné á ver,
y le dije:—¡Perdonad!
¿Algo habéis vuelto á saber
de Consuelo y Soledad?
—Nunca he vuelto á aquella playa,
me dijo, mas, si queréis
noticias, no bien que vaya
á esos sitios, cuanto haya
de nuevo ya lo sabréis.

¿Por qué, por qué no olvidó
su promesa el capitán?
¡Oh! su palabra cumplió
y aquí las líneas están
que su mano me escribió:

«Por complaceros, fui diligente
de las riberas que os prometí.
Salté á la playa... ¡Qué diferente
tras cortos años todo lo ví!

Espesa hiedra borrado había
hasta la sombra del platanal,
y un rapazuelo que me seguía
—¡Volved!—me dijo, que así vais mal...

—¡Si de Consuelo busco el bohío!
—Murió su madre y ella se fué...
—Pero, ¿y su hermana?—Se arrojó al río
que estaba loca no sé por qué...

*

¡Lo habéis oído!... Cosas del cielo
que no comprende la humanidad.

Tal vez Consuelo no halló consuelo.
¡Pero dichosa ya es Soledad!

BLANCA

De blanco estaba vestida
cuando en el baile la ví,
blanca como una azucena,
rindiendo á galanes mil...

De blanco estaba vestida
cuando en sus bodas la ví
su blanca mano de esposa
dar al hombre más feliz.

De blanco estaba vestida
cuando ya muerta la ví...
¡Pobre Blanca, que á los cielos
sus veinte años fué á cumplir!...

NARCISO TONDREAU

ARS RELIGIÓ MFA

I

Adoro el arte libre, nunca impuro,
el arte noble que nació en Atenas:
el mármol palpitante, las estrofas
ataviadas de púrpura y de hiedra.

Quiero en mis anchas copas de alabastro
beber la miel de sículas abejas,
y en tazas rebosantes, el Falerno.
El vino egregio que los versos crea.

El pámpano torcido y tembloroso
adorne de mis ninfas la cabeza;
suenen las flautas; ¡acudid, oh, faunos!
que el sacro rito en mi santuario empieza.

¡Salud, Horacio, Juvenal, Virgilio!
¡Salud mi diosa, Venus Citerea!
Suelta á los aires tu ropaje tenue,
suelta á los vientos tus doradas crenchas.

II

Paganismo, tus ánforas derrama
de Junos, de Anfítritis y Minervas,
tú eres la fuente, tú el sublime inicio,
la letra escrita, eternamente nueva.

Quiero beber en tus raudales limpios
atravesar tus bosques y tus selvas,
danzar al aire libre con tus ninfas,
templar la lira de bronceas cuerdas.

Paganismo, tus ánforas derrama
de Latonas, de Dianas y de Vestas
tú eres la fuente, tú el sublime inicio,
la letra viva, eternamente nueva.

III

Por ti me siento, Horacio, en los banquetes
que en el Olimpo secular celebran
los majestuosos dioses; por ti tengo
una lira inmortal de siete cuerdas.

Por ti conozco los secretos hondos
que las crateras en su seno encierran,
los secretos que guardan las mujeres
bajo coronas de trepante hiedra.

He bebido en tus odas esos vinos
cuya espuma es estrofa, luz, idea:
el de Chipre, el Falerno y he sentido
latir los versos en mi ruda lengua.

He jugado en el césped con tus ninfas,
las de anchas y alabástricas caderas;
me he tendido en la púrpura ampulosa
de tu querido semidiós, Mecenas.

He bebido el ajeno de tus sátiras
amasado con miel, á copas llenas,
y me he dormido, en la embriaguez del triunfo,
en tu almohada de lauros, gran poeta!

IV

El verso libre, el asonante suelto,
que zumban como cínifes y abejas:

ese deseo para mí; no rimas
que chocan con anillos de cadenas.

La estrofa libre, los cuartetos amplios,
que salen de la férvida cabeza
enteros, cual de Júpiter olímpico
salió la casta y varonil Minerva.

No quiero las estrofas relamidas
con que cantan anémicos poetas;
quiero las odas á mi modo, burdas,
horacianas tal vez, no las de Herrera.

Quiero carne en las sílabas sonantes,
en la frase cincel, luz en la idea;
quiero una estatua en cada estrofa mía,
un Partenón en mi inmortal poema.

V

Quiero mujeres vaporosas, vítreas
como la Circe que encontré en la *Eneida*,
Venus en carne, y en la lira Safos,
Europas, Pasifaes y Ledas.

No quiero las mujeres remilgadas
que cantaron de España los poetas;
ni las Cloris de tiernos madrigales,
ni las muy dulces y sabrosas Fléridas.

Yo quiero la mujer estatua y carne
que engendró Fidias en la tosca piedra,
yo quiero la mujer que dé á mis versos
sangre y calor, fulguración y vena.

VI

No canto para el vulgo; son mis versos
rimados con fulgor de las estrellas:
por eso flotan como un manto de oro
tirado al aire en una noche negra.

No canto para el vulgo; mis estrofas
tienen sabores de ambrosía y néctar,
coronas de bacantes en las sienes,
desnudas las espaldas y caderas.

No canto al junco, ni al rosal, ni al lirio,
ni á los insectos que en las flores juegan:
que queden esos versos de tapices
para la musa del galante Selgas.

VII

Criticad la gramática, las formas,
los versos duros, hiatos, sinalefas;
pero dejad en pie mis concepciones,
dejad reverberantes mis ideas!...

Pintad de nuevo mis solemnes pórticos
poned dorados en las rojas piedras;
pero dejadme mis abiertos arcos,
mis columnas fornidas y soberbias!

Se descascaran los estucos, caen
los falsos, las volutas gigantescas;
pero el templo soberbio hasta en sus ruínas,
su arcada inmensa hacia el vacío eleva!



Pedro Nolasco Préndez

PEDRO NOLASCO PRENDEZ

Murió en Santiago en 1907. Autor de varias colecciones de poesías, entre ellas: «Poesías» y «Siluetas de la historia.»

Carlos Varas escribía á raíz de su muerte: «Prendez fué, por sobre todo, un espíritu cultivado, un cultor inspirado de la poesía. Fué además un charlador eximio, un conversador de buena verba, un comentador ingenioso de todo lo que rodaba junto á él. Era un exquisito sentimental, uno de esos buenos románticos de una edad perdida en que toda palabra de amor es un madrigal y toda convicción un penacho.»

LA QUIMERA

(Escultura de Nicanor Plaza)

¡Salve, Maestro! tu numen tiene la nota eólica.
¡Cuán tumultuosa, cuán formidable tu inspiración!
Dócil el mármol á tu atrevida forma simbólica
quimeras forjas que desesperan á la razón!

¡Qué de pasiones allí se empujan con fuerza mágica!
Febril conjunto de desengaños é idealidad,
la ilusión muestras deslumbradora, con forma trágica,
nunca vencida por los encantos de la verdad.

Es tu Quimera, con sus sorpresas, un grupo armónico:
en ella luchan fe y desengaño, dulzura y hiel:

Parnaso Chileno,—6

tiene el encanto, las maravillas del arte jónico,
que has evocado con la pujanza de tu cincel.

Tú profundizas, en el abismo, como un oráculo:
das al martirio del alma humana fulguración;
y con las musas del arte reinas en el cenáculo
y allí te embriagas en una orgía de inspiración.

¡Salve, Maestro! tiene tu numen, como el crepúsculo
savía fecunda y exuberancias de resplan'or;
unes al monstruo de ciego instinto de fuerte músculo
la dulce virgen á quien arrullan notas de amor.



Eduardo de la Barra

EDUARDO DE LA BARRA

La obra de Eduardo de la Barra como poeta, filólogo y polemista es considerable. Sus poesías han sido editadas en dos volúmenes, en los que se incluyen sus fábulas y «Contra-Rimas» á «Rimas,» de Ruben Darío; años antes había publicado la casa Garnier un tomo de composiciones varias, premiadas en el certamen abierto por don Federico Varela. Como filólogo citaremos sus versiones de Horacio, sus arreglos del poema del Cid y estudios numerosos de métrica castellana. En sus poesías cortas es de la Barra un poeta subjetivo, sentimental y filósofo, á la manera de Becquer y Heine. Mas, en sus poemas de largo aliento, «Cantos de la Sierra,» «Poemas del Pacífico» burila sus versos con el amor del más austero parnasiano. «La concepción poética—dice en un estudio crítico,—es luz que brota en cerebro inspirado, y, como Minerva, nace armada de punta en blanco.»

Á CUBA

Indica región florida
envuelta en diáfano chal,
que muellemente tendida
pasas la indolente vida
bajo un cielo tropical.

Ardiente nido de amores,
mal oculto entre los mares,
que abanicen los palmares
y que zahuman las flores
del bullicioso Almendares;

En ti es más bella la aurora,
más puro y ardiente el sol;
es la brisa más sonora
y el crepúsculo te dora
con más brillante arbol.

Y tus mujeres preciadas
como tu clima así son:
ardientes y enamoradas,
tienen fuego en las miradas
y fuego en el corazón.

La luna riela en tus mares
y á sus tibios resplandores
saltan perlas á millares,
y suenan vagos rumores
como lejanos cantares.

Y en tus selvas perfumadas,
donde el dulce mango crece,
fantásticas enramadas
con flores entrelazadas
la brisa trémula mece.

Ciñen las selvas gigantes,
las cimbradoras palmeras
y los plátanos sonantes,
tupidas enredaderas
como penachos flotantes.

Y entre las cañas y flores
y en las tranquilas corrientes
como chispas de colores,
mil enjambres diligentes
van y vienen zumbadores.

Y bulliciosas bandadas
de lindas aves pintadas
pueblan el rico tunal,
y las piñas regaladas
y el extenso cafetal.

Junto á la tierna paloma
la pulida garza asoma
á orillas del Yumurí,
y se baña en suave aroma
el brillante colibrí.

En inmensas espirales
vagan las águilas reales
atisbando la culebra,
que entre los verdes nopales
el bronceado cuerpo quiebra.

Y allí el rey de los cantores
el poeta de las flores,
el sinsonte americano
viste de pobres colores
como Plácido su hermano.

Ensayando la habanera
cadenciosas barcarolas,
como el ave va ligera,
jugueteando con las olas
que mueren en la ribera.

Cuba, Cuba encantadora,
de las Antillas señora,
por tu riqueza y beldad,
¿por qué tu suelo no dora
el sol de la libertad?

Y, ¿por qué tus resplandores
al que admira tus primores
le oprimen el corazón?
¡Cuba, tus joyas mejores
joyas de cautiva son!

*

¡Oh Cuba! tus brisas de aromas cargadas
que besan las flores y ençrespan el mar,

tus ondas azules de perlas bordadas
en pérfido sueño te arrullan quizá.

Acaso las ondas de diáfana espuma
que ciñen flotando tu talle gentil;
acaso la vaga, fantástica bruma
tus duras cadenas oculten de ti.

Acaso te halaguen con falsos honores,
harapos reales acaso te den.
y en cambio te mandan tus viejos señores
guardianes que talan tu mágico Edén.

¡Oh Cuba! tus campos, de frutos cubiertos,
los cuervos sustentan en regio festín;
tus ricos planteles, tus selvas, tus huertos
le ofrecen á España brillante botín.

Voraz el vampiro te acosa y te asedia,
y hambriento te chupa tu sangre mejor,
y bate sus alas... y Plácido, Heredia,
y mil y mil otros sus víctimas son.

¡Despierta! ¡Cautiva! Tu largo desmayo,
tu loca indolencia te ha sido fatal:
estallen tus iras lo mismo que el rayo,
y sé en tu venganza cubano huracán!

RIMAS

¿Quién es? ¿quién me ha llamado?
¿Quién pronuncia mi nombre en el silencio?
¡Ah! sólo tú, amor mío,
sabes llegar así á mi pensamiento!
Sólo tú me adivinas
sólo tú has comprendido mis anhelos,
sólo tú me respondes,
sólo tú me acaricias desde lejos.
¡Tú sólo, tú, perfume delicioso,
penetras en mi pecho,
y tu sér á mi sér se aúna y funde
cuando vienes á mí!... ¡Dulce misterio!...

¿Me llamas? ¿Qué me quieres?
¡Ya estás aquí! ¡Ya tu presencia siento!...
Ven á mis brazos, ven y enamorada
deja rodar en mi hombro tus cabellos:
cuéntame de la ausencia
los pequeños detalles y secretos;
yo te haré mil caricias,
te arrullaré con cadenciosos versos;
yo te diré al oído mis canciones
que tú después me pagarás en besos.
Siéntate en mis rodillas,
reclínate en mi pecho,
y en secreto, á la luz de las estrellas
hasta que venga el alba, conversemos.

EL VASO ROTO

(Sully Prudhomme)

Este vaso en que mueren las verbenas
á un golpe de abanico se trizó;
debió el golpe sutil rozarlo apenas,
pues ni el más leve ruido se sintió.

Mas aquella ligera trizadura,
cundiendo día á día, fué fatal;
su marcha imperceptible fué segura
y lentamente circundó el cristal.

Por allí filtró el agua gota á gota
y las flores sin jugo mueren ya;
nadie el daño impalpable... nadie nota.
¡Por Dios! ¡no lo toquéis, que roto está!

Así suele la mano más querida
con leve toque el corazón trizar,
y el corazón se parte... y ya perdida
ve la verbena de su amor pasar.

Júzgalo intacto el mundo, y él en tanto
la herida fina y honda que no véis,
siente que cunde destilando llanto.
¡Por Dios! ¡que roto está, no lo toquéis!



A. WALTER BURTON

Versificación fácil, que se desliza sin esfuerzo: pensamientos filosóficos profundos y verdad, mucha verdad descriptiva.

I

Los ojos llorsosos,
nublados los cielos,
el pecho oprimido,
sacamos al muerto.
Hermanos y amigos
vestidos de negro,
el carro seguían
formando cortejo.

Hermosas coronas,
tributos de duelo,
y floridas cruces
cubrían el féretro.
Posó en la capilla
por breves momentos,
y de allí salimos
marchando en silencio.

Abierta la fosa,
los sepultureros
ya nos aguardaban
firmes en su puesto.
Menuda llovizna

lloraban los cielos,
y al hoyo profundo
bajamos al muerto.

¡Adiós! le dijimos
con trémulo acento.
Sonó la campana
su toque postrero;
luego dos paladas
de tierra cayeron
golpeando la caja
con lúgubre estruendo.

¡Adiós! pobre amigo,
se fueron diciendo
los del duelo, y tristes
desaparecieron.
Quedéme mirando
el lugar desierto,
y exclamé con Becquer,
oprimido el pecho:—
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»

II

Salí murmurando
lo que Becquer dijo;
lo que resonaba
dentro de mí mismo:
lo que de los muertos
todos repetimos,
cuando los dejamos
en su último asilo.

Vuelve el polvo al polvo
en constante giro;
pero el alma humana
cumple sus destinos,
y á los cielos se alza
con pujantes bríos:

lo del cielo al cielo
y á la tierra el limo.

«—No al hombre en la tierra,
hermanos, sumimos;
estos son despojos
inertes y fríos;
su sér nos escucha
desde lo infinito.»
Así al sepultarlo
nos dijo el obispo.

El cadáver yerto,
soledad, olvido,
dolores no siente
me dije á mí mismo.
Vuelve el polvo al polvo,
de antiguo está escrito
y el polvo no siente
ni penas, ni frío.

Llegué. De la madre
ví el dolor sombrío;
la hallé inconsolable
oí sus gemidos:
—¡Qué sola me quedo!
¡Qué sola sin mi hijo!
Me dijo llorando,
y de entonces digo:
«¡Qué solos! ¡qué solos!
se quedan los vivos!»

PABLO GARRIGA

AL AMOR

Pura gota de rocío, de los cielos desprendida
sobre el alma que la absorbe cual las hojas del azahar,
blanca estrella que iluminas las tinieblas de la vida
como el faro que entre sombras se refleja sobre el mar;

amor, tierno sentimiento que en el fondo de nuestra alma
hallas plácido un asilo donde oculto florecer,
como el ave que inocente sólo anhela dulce calma
y en el fondo de los bosques va su nido á entretejer.

¿Vives sólo en nuestros pechos como chispa arrebatada
de ese fuego inextinguible, de los mundos ecuador?
¿Brillas sólo en la pupila de la virgen adorada?
¿Sólo impregnas los suspiros del amante soñador?

¡No! Doquiera vives grande, luminoso, omnipotente;
como el sol, doquiera esparces tu divina claridad:
tú descendes en los rayos de la estrella refulgente,
tú fecundas con tu aliento la sublime inmensidad.

Oceano que en sus ondas sin cesar electrizadas
baña cielos, baña mundos de magnífico esplendor,
y que arrastra en sus corrientes, temblorosas y agitadas,
los efluvios de las almas, los perfumes de la flor.

Tú eres vida, tú eres centro de los seres y los mundos;
tú murmuras en los vientos, en las olas de la mar:
brotan flores en los prados con tus hálitos fecundos,
en los cielos brotan astros de tus alas al soplar:

tú palpitas misterioso de la tierra en las entrañas,
tú respiras en el cráter del volcán aterrador,

tú das formas á los valles, tú das forma á las montañas,
que reflejan en su frente de los cielos el fulgor.

Tú dormir haces al lago que retrata en sus cristales
la ancha esfera que tú tiñes de arbol y de zafir;
tú gemir haces las olas, que entre suaves arenales
se recuestan rumorosas en sus lechos al morir.

Tú las águilas levantas, de la cumbre majestuosa,
á los senos de las nubes encendidas por el sol;
en los aires tú diriges á la vaga mariposa
que volando entre perfumes busca el cáliz de la flor.

Tú eres vida, tú eres alma de los seres y los mundos,
tú murmuras en los vientos y en las olas de la mar,
brotan flores en los prados, son tus hálitos fecundos,
en los cielos brotan astros de tus alas al soplar.

EL ALBA

¿Ves cual lucen á lo lejos tras la cima de los montes
esas nubes que artesonan y abrillantan el azul?
¿Cuál semejan cuando flotan en los claros horizontes
hebras blondas de una virgen, tenues velos de albo tul?

Son los bucles sonrosados que coronan la alba frente
de la aurora que ya asoma su figura virginal
y esas otras que blanquean, como gasa transparente,
son los velos con que ciñe su semblante celestial.

Y mirad en lontananza, cuán tranquilo está el oceano
cómo cantan esas olas, cómo cantan al morir:
cómo brillan extendiéndose hasta el límite lejano,
esas aguas que retratan los espacios de zafir.

Y en el monte y la pradera se refleja una sonrisa,
trina el ave enamorada temblorosa de placer,
y en las aguas y en las flores murmurante y vaga brisa
sopla suave como aliento de la tierra al renacer.

Todo es gozo y armonía. La ancha bóveda se anima
cual se anima la pupila con los rayos del amor:
y en el fondo de los bosques, de los montes en la cima,
nueva vida se derrama con magnífico esplendor.

ALFREDO IRARRAZABAL

Nació en Santiago en 1864. Una de sus primeras producciones fué un canto «A los héroes de Iquique,» publicado en 1885. Tres años más tarde fundó el periódico satírico-político *El Gil Blas*. En las columnas de esta hoja se reveló su talento de poeta satírico, cuya distinción es la fineza de percepción crítica. De esta época datan sus mejores producciones recopiladas en los libros: «Renglones cortos,» «Guitarrazos» y «Alfileres.»

Redactó durante algunos años el diario *La Tarde*: aun aquí en sus más ardientes polémicas como en sus artículos de fondo, aparece el ironista, pronto á descubrir la menor flaqueza en un estilo fuerte y pictórico.

Desde hace algún tiempo vive alejado del periodismo consagrado por entero á sus trabajos políticos como diputado.

UN EXAMEN DE ARITMETICA

(Cuento de almanaque)

El examinador con toda flemma
pone al examinando este problema:

«Tres muchachos glotones
reciben de su padre en las mañanas
mil ochocientos tres melocotones,
setecientos melones,
doscientas brevas y tres mil manzanas;

dígame usted, señor examinando,
¿qué es lo que corresponde á cada uno?»

Quedó reflexionando
en la cuestión numérica el muy tuno
y respondió con aire convincente:
—¡Alguna indigestión seguramente!



Ricardo Fernández Montalva

RICARDO FERNANDEZ MONTALVO

La mejor síntesis de su poesía la encuentro en la siguiente estrofa de su propia canción: *Mis versos*: «Perdidas ilusiones son las ruínas—que se alzan en mi pecho...— Cuando el recuerdo á removerlas viene—brotan, de ella, mis versos.» Por la pasión siempre latente que hace revivir este recuerdo de amores perdidos, de vagos ideales, como así por la forma sencilla y fuerte de sus estrofas, se dijera que Ricardo Fernández fué el último de nuestros románticos precursor de los nuevos cantores de hoy. Autor de «Nocturnos,» algunos dramas y cuentos en prosa. Murió en 1899.

NUEVA MAGDALENA

La frente obscura, la mirada incierta,
un día vino triste, arrepentida,
y de mi corazón llamó á la puerta
con las últimas fuerzas de la vida.

Era una flor que el huracán sombrío
rompió siniestro en su primera aurora,
y que, temblando de pasión y frío,
buscaba alguna luz consoladora.

Le abrí mi corazón, y en los despojos
de mis dulces y muertas ilusiones,
buscó por largo tiempo con los ojos
del amor que le tuve los girones.

Parnaso Chileno.—7

—De aquellos felicísimos instantes,
nada conservas hoy—clamó afanosa,
y húmedos ví sus ojos suplicantes
entornarse, cual pétalos de rosa.

Era su voz como el amante arrullo
de la paloma en el desierto nido,
como ese tenue, soñador murmullo
de un arroyo en los bosques escondido.

—Murió—le dije,—con mi amor risueño
toda la luz que nuestro sér encierra.
Ya desperté del misterioso sueño
con que se entra á la vida de la tierra.

Todo lo puse un día en la barquilla
de unos amores tiernos, bendecidos,
y tú sabes que lejos de la orilla
sopló la tempestad de los olvidos!...—

Quedó un instante muda, pensativa,
cual bajo el peso cruel de un pensamiento,
y luego levantó la frente altiva
con mezcla de valor y desaliento.

Una lágrima entonces, de sus ojos
resbaló como perla cristalina.
—¡Si supieras!—me dijo,—tus enojos
son agudo puñal que me asesina!

Yo daría mi vida toda entera
por borrar mi pasado, y nuevamente,
con el fulgor de tu ilusión primera,
ver alumbrada tu serena frente!

Por ese Dios que en el Calvario un día
murió de amor por redimir los seres,
yo te juro que es mucha mi agonía:
soy la más infeliz de las mujeres!

Yo fuí por la ambición arrebatada
á la cumbre de anhelos infinitos,

y he sido de repente despertada
de mi negra conciencia por los gritos!

Soy joven todavía y ya mi pecho
es tumba de gusanos roedores...
Está mi pobre corazón deshecho
y no miro en mi cielo resplandores!...

Yo tengo á tu perdón derecho santo,
pues, sin tu amor, que relegué al olvido,
no vertería, como vierto, el llanto
de un corazón por la conciencia herido!

No hay en la vida más fatal destino,
ni tormento más cruel y envenenado,
que hallar á cada paso en el camino
las huellas de un amor que fué burlado.

¡Cuánto me duele haber, indiferente,
desoído tu ciega idolatría!
Por borrar esta mancha de mi frente
todo el dolor del mundo sufriría!

Si tú no tienes corazón de roca,
perdona á esta mujer, mujer precita,
que en todo aquello que su mano toca
la maldición del cielo deja escrita!...—

Su cabellera suelta, le caía
por el cuello de nieve, destrenzada,
y de sus ojos límpidos, nacía
como rayo de fuego la mirada!

Había en su actitud altiva y grave,
en su mirar amante y confundido,
la candorosa timidez del ave
y el orgullo del león, jamás vencido!

Ya lucía en sus labios la sonrisa,
ya se inclinaba con mortal desmayo,
ya era una flor mecida por la brisa,
ya la alta cumbre do se forja el rayo!